

Formas “redes” y formas “partidos”

Pierre Rousset y Samuel Johsua

La discusión sobre las formas de organización de quienes luchan contra el sistema capitalista es antigua (ver por ejemplo el debate entre Marx y Bakunin), y siempre ha estado presente. Toma sin embargo un nuevo vigor bajo el impacto del fracaso del “viejo” movimiento obrero para cambiar el mundo, de las iniciativas originales del movimiento altermundialista del último decenio (y antes, de los debates que acompañaron a los combates zapatistas) y también de la afirmación del individuo como figura social central. En el momento en que un nuevo partido anticapitalista está en vías de creación, no es sorprendente que todos estos debates tomen un nuevo vigor.

Fuerzas y debilidades de la organización “en red”

La teorización del fin de la “forma partido” se apoya, por una parte, en balances de los partidos “realmente existentes”, por otra en la experimentación de una forma de organización más horizontal, llamada “en red”. Esta última ha hecho más de una vez la prueba de su eficacia, a pesar de las reticencias que podía levantar el desorden inicial propio de esa estructuración. En particular, las grandes iniciativas altermundialistas han proporcionado, a escala internacional, materia de reflexión sobre prácticas nuevas (o renovadas: el pasado es más rico que su memoria).

Incluso si la realidad no corresponde siempre a la descripción idílica que se hace a veces de ella (ciertos “nudos” de la red son “más iguales” que otros), la forma mencionada ha permitido, efectivamente, construir marcos de convergencia del abanico de las muy diversas resistencias provocadas por la nueva etapa de la mercantilización del mundo y de la mundialización capitalista. Sin embargo, si la red permite consenso, también lo exige. Sin el consenso (dicho de otra forma, la construcción paciente de equilibrios aceptables por todos, sin efectuar nunca un voto decisorio), sencillamente estas iniciativas no habrían podido existir. Pero aquí surge ya un problema que limita el alcance de este sistema particular de organización: sin consenso, no hay mantenimiento de todos en la red. Esto supone que el consenso sea, como regla general, posible. Por consiguiente, que el objetivo a alcanzar (del que el consenso puede él mismo formar parte) no sea, implícitamente, objeto de debate. Si tal es el caso, la discusión porta esencialmente sobre la puesta en práctica. Entonces, la forma de red ha mostrado ampliamente su validez.

La unidad en la diversidad de las “redes de afinidad” es un buen ejemplo de ello. Estas afinidades han facilitado convergencias en la acción (primeras grandes movilizaciones altermundialistas) donde todo el mundo estaba de acuerdo en actuar en el mismo lugar, el mismo día, pero donde los componentes se reagrupa-

ban según sus métodos (en particular, más o menos enfrentamiento con las fuerzas de represión), respetando a la vez los derechos de los demás a actuar de un modo diferente.

En cambio, si los objetivos globales, estratégicos, a alcanzar se ponen en discusión, la ventaja concreta de las redes se pierde, o incluso se transforma en su contrario. La red no crea consenso sobre la estrategia: lo necesita, cuando no se limita a darlo por hecho, pura y simplemente. Se ha mostrado como un modo muy productivo de funcionamiento -incluyente, como suele decirse-, cuando estas condiciones estaban establecidas. En particular, permite evitar que divergencias menores tengan, por cuestiones formales, consecuencias demasiado importantes. Permite también concentrarse en objetivos de acción sobre los que hay acuerdo, dejando tiempo para que se decanten a las eventuales divergencias. Pero se revela absolutamente contraproducente en cuanto hay que decidir sobre temas complicados, en los que hay desacuerdos sobre cuestiones de fondo. El consenso "antiliberal" ha fundado la viabilidad del modo de organización de las grandes iniciativas del movimiento altermundialista. Pero esto era antes de que la cuestión de las gestiones gubernamentales (Lula o Chávez en América Latina, Prodi en Europa, PCI-M en Bengala occidental...) se concretara, adquiriera por ello un carácter central y provocara diferenciaciones mucho más difíciles de superar.

El interés de los foros sociales no se reduce a la cuestión de las redes. Han ofrecido un precioso espacio de convergencias y de intercambios, respondiendo a múltiples necesidades. Pero la "calidad" del proceso de los foros (más allá del acontecimiento puntual que representa cada uno de ellos) remite sin embargo a las mismas cuestiones de fondo concernientes a las condiciones de realización del consenso político, y, más precisamente, desde nuestro punto de vista, de un consenso que favorezca el dinamismo de las luchas /1.

Más en general, el funcionamiento en red da un peso desmesurado a quienes se sitúan en su centro de decisión y por tanto disponen a la vez de la influencia y de los contactos; esto no es muy diferente de lo que ocurre, sobre este punto, en un partido clásico donde las "cúspides" disfrutan precisamente de este tipo de ventajas sobre la "base". Pero en estos últimos, existen potencialmente (si no se trata de partidos definitivamente burocratizados) mecanismos de presión política y de control. La personalización da además inevitablemente un poder específico, y esto ha ocurrido también con Olivier Besançon. Pero en este caso, era y sigue siendo un "portavoz", responsable en definitiva ante el colectivo que le apoya. Por el contrario, se puede considerar como un caso de estudio, la autonomización del candidato Bové en relación a los colectivos que se supone le sostienen, e incluso por en relación a todo tipo de instancia, salvo su círculo de confianza, cercano y opaco. Todo esto prolongaba, de una manera que puede considerarse natural, el lanzamiento con carácter plebiscitario de la candidatura (el "Bovéthon")

1/ Rousset, P. "Contribution au débat sur le processus du FSM dans l'étape actuelle", <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article9317>.

señalado por uno de nosotros /2). Nada, en ningún momento, permitía hacer contrapeso. Es lo que se puede llamar el “anarco-burocratismo”, anarquista en apariencia y burocrático de hecho.

El militanismo “posmoderno”

En la base de la valorización de este modo de funcionamiento, está el auge de la reivindicación de la afirmación de los individuos y de un modo “posmoderno” de compromiso. Se conocen sus rasgos profundamente negativos: desvalorización de las opciones y de los debates a largo plazo, moral de la inmediatez, sobrevaloración de los ego, *zapping* organizativo y político. Pero la suma de estos individualismos, lejos de crear algo colectivo, puede crear manipulación.

Sin embargo, conviene superar este caso concreto para comprender un fenómeno de conjunto en sus contradicciones. La elevación masiva del nivel de estudios, sumada a la rápida circulación horizontal de la información están en el origen de una afirmación, ciertamente irreversible, tanto del pensamiento como de la toma de posición individuales generalizadas. Se trata, como numerosos autores han defendido, de bazas nuevas para la extensión del dominio democrático, bajo la forma de redes entrecruzadas y multiplicadas. Difíciles de controlar para los poderes, proporcionan una trama subyacente inaprensible y siempre renovada a la producción de ideas alternativas y por tanto a una resistencia potencial. Es a esta escala que se mantienen, se desarrollan y se renuevan los múltiples equipos que alimentan un amplio movimiento “de abajo” que contesta en la práctica la evolución global “de arriba”. Esto, indudablemente, constituye un elemento positivo /3.

La cuestión se hace más delicada cuando estos equipos postulan una actividad política explícita. Cada individuo o microred se convierte entonces en una especie de organización en sí mismo. Se pueden describir dos figuras extremas de ello:

- el portador de ideas fijas, cuyo reloj parado da por excepción la hora exacta dos veces al día; es entonces la hora de la confirmación estridente, de la revancha, aunque sean fugaces, ya destruidas al minuto siguiente;
- y, en el otro extremo, el frenético adicto al *zapping* que produce una idea genial cada minuto y que, por el número y el azar, alcanza el mismo resultado: cien fracasos pero una correspondencia milagrosa que, a sus ojos, viene a validar el conjunto.

Sin embargo, aunque extendidas, estas figuras no son las únicas. Lejos de ello. Más en general, la cuestión que se plantea cuando este modo posmoderno de compromiso político se generaliza es la convergencia posible de estos procesos fragmentados. Las teorías de la complejidad muestran cómo estructuras localmente ordenadas, y casi completamente independientes las unas de las otras,

2/ Rousset, P. “En défense du principe d’organisation”, 2007, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article4979>.

3/ Corcuff, P. y Johsua, S. “L’individu enjeu politique”, tribuna en el periódico Le Monde, 24/01/2008. Disponible en www.europe-solidaire.org.

pueden, en ciertas condiciones y una vez puestas en red, producir una estructura global (llamada “emergente”), ordenada a un nivel superior. Pero muestran también que las condiciones para que esto se realice son muy exigentes y raramente se reúnen. Más frecuentemente, un orden puramente local produce desorden en lo global. En términos políticos, la comparación conduce a decir que la unión de las redes/individuos es, en definitiva, difícil.

Como siempre en el análisis de los fenómenos sociales, nos vemos conducidos a intentar discernir entre lo que ocurre en la interacción local (aquí y ahora) y lo que proviene de determinaciones externas (de otra parte y de antes). Dicho de otra forma, discernir lo que corresponde al momento del que se es agente y del que se es “actuado”, por unas estructuras y una historia que superan y desbordan a los actores. En los colectivos antiliberales de los años 2006-2007, la invocación repetida a la “unidad en la diversidad” (por consiguiente, a la esperanza de una “estructura emergente”) no podía sino enfrentarse a datos de fondo, provenientes de antes y de fuera, que, lejos de reducirse “a los aparatos”, se refractaban en el pensamiento mismo de los actores, sin embargo percibido como “nuevo” y producido en el acontecimiento. La idea de base (justa) de esta búsqueda de unidad es que hay que ser lo más numerosos posible en tirar cada uno de su cuerda para poner en marcha “el movimiento social”. Pero para ser eficaz, esto supone que todas las fuerzas actúen aproximadamente en la misma dirección. En caso contrario, esas fuerzas se estorban, o incluso se neutralizan.

La ficción posmoderna es que este ajuste se hará automáticamente, a poco que “la gente” pueda dar libre curso a su creatividad, sin imposición intempestiva de esquemas preestablecidos. Pero, como se ha explicado anteriormente, este ajuste espontáneo es raro. En los fenómenos sociales, se encuentra en grandes movimientos de masas en fase ascendente, en los que la dirección a tomar está autodefinida y autoalimentada por la propia potencia del movimiento. Al margen de esos momentos excepcionales, para lograrlo hay que tomarse el tiempo de elaborar una dirección común. Los mecanismos de esta elaboración se revelan de hecho lentos, pesados y sobre todo, contrarrestan las pulsiones puramente individuales y locales de la microrred.

El hecho fundamental es el siguiente: los mecanismos de elaboración colectiva constituyen, por naturaleza, restricciones del espacio de libertad de cada “tirador de cuerda”, puesto que pueden conducir a imponer una modificación (que puede ser importante) de las decisiones previas por el juego de las imposiciones y argumentaciones que provienen “de fuera y de antes”, o al menos venidas... de los demás. Cuando se regula y sistematiza esta concertación cualquiera que sea el nombre que se le dé, se está claramente en el terreno de una “organización”. Habría además que recordar aquí que si la nueva afirmación individual en red (en colectivos “locales” por ejemplo) no conduce en absoluto por sí misma a la convergencia a construir (a veces, ocurre lo contrario), deja intactas de todas formas las estructuras de poder realmente dominantes, que no se someten jamás a la in-

teracción local de redes. Al contrario, les imponen su fuerza centralizada cada vez que es necesario /4.

Partidos y movimientos sociales: una vieja historia a retomar

Dicho esto, comprender que, lejos de superar a los partidos en términos de democracia, algunos modos de funcionamiento “posmoderno” representan en realidad una regresión, no arregla de forma alguna una serie de nuevas dificultades. Una parte decisiva del problema permanece abierto. El rechazo a los partidos se debe ciertamente al aire del tiempo posmoderno y liberal, pero se ancla evidentemente también en un balance crítico de la máquina de triturar individuos que han podido también representar esos partidos (sobre todo, pero no sólo, teniendo en cuenta la trágica experiencia estalinista). Ninguna nueva fuerza podrá útilmente ver la luz si no se asume el derecho a la nueva y legítima demanda de que la palabra de cada uno y una pueda específicamente tener derecho de participación.

Sin embargo, Hannah Arandt, enfrentada con asuntos de este tipo, indicaba ya que la democracia exige la existencia de un espacio de valores compartidos y bajo control (lo que no puede dar el reino unidimensional de la mercancía), sin los que se convierte en fuente de desgarros sin fin y se ahoga en su negación. Si se intenta una transferencia al terreno de la organización política, se constata que se debe pensar en reforzar esta exigencia y no en disolverla. En efecto, mientras que la sociedad nos hace miembros de ella en cualquier caso, nada obliga en un país no totalitario a soportarse recíprocamente en una organización política. Se trata de una apuesta arriesgada, difícil, un pacto en reconstrucción permanente, sobre todo cuando no está soldado por el apetito por los puestos de representación y los capitales materiales y simbólicos que les acompañan. Es por lo que las opciones de base (“aquello en lo que se cree verdaderamente, conjuntamente, en el fondo”) deben ser razonablemente compartidas, e inevitablemente estos “valores”, en el caso concreto, comportan una dosis de perspectiva estratégica para organizaciones que no brotan naturalmente del sistema de poder dominante (para las que este acuerdo es un “supuesto”, un “trasfondo” dado por adelantado).

Cómo pues hacer surgir democráticamente una voluntad mayoritaria de un colectivo militante es una primera cuestión a observar de cerca. Pero el problema se complica debido a que no se trata aquí de una sencilla cuestión de funcionamiento sino también y ante todo de un problema de carácter estratégico. La justificación fundamental de la “forma partido” tiene que ver con una opción (hacer converger las resistencias hacia un cambio de poder) y a la comprensión de que el enemigo dispone por su parte de un marco centralizado desde donde se organiza la dominación: un Estado. Si se estima que la cuestión del poder no debe plante-

4/ Se sabe que numerosos autores (Toni Negri por ejemplo) defienden lo contrario. Sobre este punto remitimos a las numerosas refutaciones dadas contra esas posiciones, hechas por Daniel Bensaid entre otros. Ver por ejemplo Daniel Bensaid, “John Holloway : Révolution sans la révolution”, en www.europe-solidaire.org.

arse, no hay necesidad de convergencia estratégica. La combinación de luchas y prácticas alternativas basta. Pero toda la experiencia histórica demuestra, que a fin de cuentas, esto remite a dejar el poder al poder, y por consiguiente a dejar a este último los medios de reprimir o de recuperar las dinámicas alternativas.

La ola altermundialista puede alimentar la esperanza de que el movimiento social sería capaz, por su propio desarrollo, de operar un cambio de sociedad ahorrándose los enfrentamientos que pondrían en juego el poder del Estado. Sin embargo, si se consideran las relaciones de fuerzas mundiales, el refuerzo de los aparatos económicos, políticos, represivos y militares, ¿cómo se puede pretender que el movimiento social podría bastarse por sí mismo? A menudo, se le limita al papel de grupo de presión, con una estrategia de *lobby* que dejaría intactos los fundamentos del poder capitalista. Es lo que hacen numerosas ONG, a menudo reducidas a tener ese papel en los pasillos de las grandes conferencias e instituciones internacionales, en una relación de transacción permanente con esas instituciones, debido a que no existe siquiera un embrión de “democracia mundial”.

Del lado de la izquierda revolucionaria, la respuesta a esta cuestión ha sido durante mucho tiempo teorizar los límites del alcance político de los movimientos sociales, de su capacidad propia de análisis, de proposición, de movilización, de iniciativas de conjunto. Se derivaba de ello un reparto estricto de las tareas: a los movimientos (a los sindicatos en particular) las “luchas inmediatas”; a los partidos de la izquierda tradicional su traducción electoral, y los partidos radicales las luchas globales y su expresión política. Esta concepción, preñada de elitismo (con partidos “por encima de” los movimientos) y de riesgos vanguardistas para los partidos radicales, debe ser definitivamente rechazada. Está desmentida por la historia de las revoluciones, pues no faltan los ejemplos de partidos radicales que, en la tormenta revolucionaria, se han encontrado retrasados respecto a las masas. Se pone en evidencia por la capacidad de los movimientos para inventar y experimentar nuevas formas de lucha y nuevas prácticas sociales, de las que son la fuente principal. Los movimientos sociales son capaces de aportaciones programáticas (feminismo, ecología, crítica del trabajo...) y de síntesis, y es incluso en esto donde las capacidades teóricas innovadoras son más productivas. Finalmente, esta concepción es contradictoria con el proyecto de una sociedad en la que el poder sería cada vez más ejercido por estructuras autogestionadas.

Sin embargo, las propuestas y programas de los partidos siguen siendo indispensables para establecer la ligazón entre los intereses sociales o locales particulares y un proyecto de conjunto para la sociedad: es decir, para proponer a largo plazo opciones políticas alternativas que remiten a opciones estratégicas diferenciadas, lo que no pueden hacer los movimientos sociales so pena de dividirse ellos mismos según líneas de hecho “partidarias”.

Hoy, movimientos sociales extremadamente variados son capaces de introducir disfuncionamientos serios y a veces sorprendentes en las maquinarias automáticas sofisticadas pero frágiles de los circuitos capitalistas. Incluso sin proyecto político

global, hay en estas luchas autodesarrolladas, sin plan preconcebido y general, sin pretensiones de poder, posibilidades nuevas y una fuerza subversiva preciosa.

Sin embargo, todo movimiento social está confrontado a la cuestión de las dominaciones que atraviesan la sociedad y de las relaciones de poder que las organizan, en particular el poder de Estado que articula estas diferentes relaciones. Por esta razón, no pensamos que el desarrollo acumulativo de una multitud de movimientos, incluso colaborando unos con otros, bastaría para romper, o para “disolver” poco a poco, los mecanismos opresores del capitalismo. Estos son capaces de gestionar estos cuestionamientos, mediante la absorción y la desnaturalización del potencial de contestación, o mediante el aislamiento, o la represión, mientras los órganos vitales de la maquinaria estatal no hayan sido paralizados.

No, tomar el poder “arriba” no basta. Sí, el poder democrático debe difundirse y combinar “arriba” y “abajo”. Pero no se puede esquivar la cuestión limitándose a asediar al poder central. El enfrentamiento es inevitable, hay que prepararse. Cuando la situación está madura, esquivar el asunto o negarlo permiten a los defensores del orden existente recuperarse y acaban por beneficiarles. En momentos de fuerte movilización, las convergencias hacia una tal confrontación se manifiestan en el seno de los movimientos sociales. La tarea de un partido revolucionario es contribuir a ello y plantear la cuestión del poder, no sólo en los momentos culminantes, sino en cada momento de la lucha.

En definitiva, además de que el poder dominante actúa de forma permanente contra una “fusión” directa de los movimientos sociales, el surgimiento de un punto de vista globalmente opuesto a este poder es necesario. Exige la afirmación de otra hegemonía ideológica, cultural, práctica, política, construida por tanto en la independencia de clase completa en relación al sistema dominante.

La independencia de clase está en el corazón de todo verdadero proyecto alternativo de sociedad. Puede ciertamente afirmarse en el fuego de las luchas. Pero, a largo plazo, no puede venir más que de una construcción consciente: la que se apoya en los balances de la historia (y por consiguiente mantiene el tipo en los períodos de retroceso), en la puesta en relación de experiencias diversas -sociales, nacionales, generacionales-, en la elaboración constante de un proyecto global.

De nuevo sobre la “forma partido”

La función del partido “de transformación social” es esa, en primer lugar. Por otra parte se ve bien claro a donde lleva esa necesidad, si se la “endurece” demasiado. “El espíritu de partido” puede entonces anquilosar su propio orden de valores, con pronta aparición de grandes sacerdotes y guardianes de una ortodoxia siempre amenazada. Un peligro tanto más apremiante cuanto que los partidos que rechazan el sistema se moldean sobre éste, so pena de perder toda eficacia (y por consiguiente los partidos revolucionarios sobre el aparato de Estado centralizado de la burguesía). Acaban así, muy frecuentemente, por parecerse, cuando no contemporizan con él.

La “forma” del partido, centralizada, depende profundamente de la existencia del Estado. E, inevitablemente, este partido tendrá tendencia a heredar defectos de este Estado (y de la sociedad burguesa en general): jerarquización, burocracia, dominación de los hombres, de la nacionalidad mayoritaria. No se puede tomar uno (el partido) sin el otro (los peligros antidemocráticos). Es esta certeza la que repele a tantos camaradas. La única salida a este dilema está en la conciencia de esta situación y, consiguientemente, en la lucha tenaz por limitar el alcance de las inevitables derivas.

Se tome en consideración un aspecto u otro, el punto nodal es el del control de una organización por sus miembros, de su capacidad de evolucionar tomando en cuenta de una forma productiva las aportaciones individuales, a la vez que no se deja absorber por la sociedad que la rodea, cuya aptitud para la recuperación no tiene límites. ¿Cómo entonces organizar la desconfianza colectiva e individual indispensable frente a la organización misma por la que se ha optado, cuando la legitimidad de esta última no puede resumirse en la suma de los compromisos y de las posiciones de sus miembros tomados de uno en uno, cuando hay que continuar asegurando la eficacia de la intervención militante colectiva, con la tentación permanente de la jerarquización y/o la recuperación por el sistema dominante?

¿Cómo también asegurarse de que un partido revolucionario cumpla su papel propio, a la vez que sabe que la transformación social por la que militamos no puede ser más que un proceso democrático de emancipación, un combate de autoemancipación?

Estos interrogantes son antiguos pero sin embargo fundamentales. Las respuestas a aportar a ellos deben ocupar un lugar insoslayable en la marcha hacia la nueva fuerza anticapitalista.

Publicado en *Critique communiste* n° 187 de junio de 2008.

Pierre Rousset y **Samuel Johsua** son militantes de la LCR francesa. Están participando en el proceso de construcción del Nuevo Partido Anticapitalista.

Traducción: *Alberto Nadal*